



# DE EGIPTO A SUDÁN

## EL FERRY DEL TERROR

Son las nueve de la mañana en la ciudad egipcia de Asuán. La luminosidad está ya en pleno apogeo. Un joven con chilaba viene a recogerme en un astroso Peugeot familiar. Se presenta como Mr. Amhed. Es un empleado de Kemal, el fixer que se encargará de echarme una mano con el asunto aduanero para sacar la moto del país. **MIQUEL SILVESTRE**



La burocracia egipcia es Laberíntica, incomprensible y cleptómana. Si no contrato uno de estos “profesionales” de las aduanas me resultaría imposible realizar la gestión por mí mismo. El sistema se protege con su opacidad en árabe para que sea estéril todo intento de transitarlo por libre.

El coche es viejo, decrépito y en la luna trasera luce una asombrosa pegatina de Bob Marley con el título de una famosa canción escrito en un inglés tan macarrónico que parece una broma: “No weman no kly”. Es impensable que nadie haya redactado esa sencilla frase en serio. Pero así es. Mr. Ahmed no bromea. Para él está claro. Según asegura: “No weman no life and no hash no fly”.

No hay acceso por carretera a Sudán, el único modo de cruzar la frontera es navegando. Hay que atravesar el lago Nasser y arribar al otro lado, en Wadi Haifa. Por eso Asuán es un cuello de botella donde pasan obligatoriamente todos los aventureros que hacen la ruta africana. La oficina de la naviera está encerrada en una especie de soportales laberínticos llenos de polvo añejo y basura olvidada. La oficina tiene la fachada azul y el interior desvencijado, pero debe ser uno de los negocios más prósperos de Asuán por ostentar el monopolio del ferry. Cuando llego me encuentro con una concurrida presencia de viajeros occidentales.

Hay una joven belga. Viaja con su novio en un 4x4. Más allá están un grupo de alemanes. Conducen un enorme camión todo terreno. Les acompaña un rubio delgado, de dientes débiles y procedencia indefinida. Su vehículo es una camioneta de terrible aspecto, parece un trasto que lleve en

Egipto más tiempo del recomendable. Entramos todos en la oficina de Mr. Salah. El jefe del cotarro. Un tío importante. Es negro arabizado, o sea, bastante más oscuro que el café con leche habitual pero sin ser de betún. Habla un inglés decente, ofrece una imagen de honradez moderada y sabe hacer su trabajo. Pero muchos de sus clientes viven en otro mundo. Me doy cuenta cuando nos informa de que está lleno el barco que lleva los coches, lo que llaman “el barge”. Hay plazas en el ferry de pasajeros pero no en la pequeña lancha donde transportan los vehículos. La moto cabe, el gran camión del alemán y su familia también cabe. Pero el resto de automóviles no entran, no hay sitio hasta la próxima semana.

Lo suelta así, tranquilamente, sin darle importancia. Hay que esperar una semana entera para viajar a Sudán. Por supuesto, los afectados intentan todos los argumentos: que si las visas expiran, que si mira que pena, que si pueden pagar más.

—No es posible —rechaza Mr. Salah sin inmutarse—. El barco va lleno.

Lo dice con total parsimonia, como si fuera solo un pequeño contratiempo en una existencia larga donde todo es relativo. Para él seguro que es así. Qué más da una semana que otra. Qué importancia tiene esperar siete días en un agujero tan caliente y agradable como Asuán. Seguro que piensa ¿Qué demonios se puede hacer en Sudán que no se pueda hacer en Egipto? Mr Salah se encoge de hombros para desesperación de la impaciencia europea. Una semana es una eternidad para un occidental que viaja por África. Para un africano, en cambio, no es más que



un corto bostezo en una vida que pasa lenta, sometida a las pequeñas sorpresas que deparen los días, todos parecidos pero todos diferentes. Una semana en África no es una unidad de medida temporal. Es solo la sucesión de momentos comprendidos entre dos sábados. Mr Salah se encoge de hombros y se come otro dátil. No, no hay hueco en el barco hasta la semana que viene y asunto arreglado.

### BUROCRACIA DE SALIDA

Mr. Ahmed me lleva a la oficina de policía de tráfico para conseguir no sé qué permisos. Todo es ininteligible. El procedimiento de salida es tan opaco como fue el de entrada. Me entregan papeles en árabe. Pago cinco libras por los impresos. Fotocopias. Más fotocopias. Subo a una oficina sucia en un bloque de pisos de una barriada miserable. Hay sudaneses esperando. Desde la ventana se ven las calles levantadas, siempre en obras, pero los trabajadores duermen tumbados sobre la arena que cargan los camiones remolque. El universo callejero es siempre terrible. Pero sospecho que no es la realidad del país. Tiene que haber otras, seguro que existe otro Egipto, pero lo que el viajero ve es siempre la peor.

La cleptocracia de Mubarak, sobre la que ahora sí se pueden hacer bromas (y todo el mundo las hace), destruyó la clase media, pero aún así hay gente normal y decente en Egipto. Hay profesionales, funcionarios, ejecutivos, estudiantes, profesores, mujeres trabajadoras, personal cualificado. Lo que ocurre es que no los veo en mi día a día. El viajero occidental que solo pisa calles y monumentos solo ve la mugre común de la acera, porque en estos países la calle es de todos y de nadie. Los buscavidas, los desheredados, los mendigos, todos están por ahí. Por eso también el país parece completamente musulmán y es difícil creer que haya entre un 15 y un 20 % de coptos, pero es que los cristianos no están en la calle, sino trabajando. El escaparate callejero solo muestra la peor cara de la sociedad, no la sociedad en sí. Si juzgamos Egipto por sus calles tendremos la peor opinión del país y seguro que no será acertada ni justa.

Sin embargo, la realidad es que el Egipto que recorro cada día está sumergido en la más absoluta miseria. Enfrentarme a algo tan feo voluntariamente obliga a plantearse las razones del viaje y de escribir tan crudamente lo que vivo. ¿Me estoy divirtiendo? ¿Puedo considerar el comienzo de mi vuelta al mundo como un viaje de placer? Difícilmente. Este es mi gran proyecto para por lo menos año y medio, voy a invertir en él mis ahorros para escribir este libro, y por ahora solo piso basura. Debería estar decepcionado, sin embargo todavía no lo estoy. Espero que la cosa mejore más al sur y además yo no viajo para divertirme, sino para conocer. Y aún así, sí me divierto a pesar de la suciedad y los timos. Podría decir que lo que de verdad me divierte es descubrir, y estoy descubriendo cosas nuevas cada día. Y las describo tal y como las veo, aun a sabiendas de que alguien pensará

cuando lea este libro que soy injusto con Egipto y los egipcios o que abuso del tremendismo. Pero yo estoy aquí y sé que cuento lo que veo con total fidelidad. Esto es lo que sucede y solo a esa verdad me debo. No me invento nada. Habrá otro Egipto, sin duda, pero el que verá el viajero en moto que siga la carretera que lleva a Sudán es este desastre.

Mi chofer enfila para el puerto comercial, distante unos diez kilómetros de Asuán. En el erial pedregoso, rodeado de alambradas, han crecido unas edificaciones ruines y endeblés. Un autobús abandonado se oxida sin que a nadie le moleste. Esto son las aduanas de una de las ciudades más importantes del país y su punto de conexión con Sudán y todo el resto del África negra. Entramos en uno de estos galpones aplastados por el sol. Una fotocopidora, archivadores polvorientos y decenas de tipos que hablan, fuman, beben té y que no parecen trabajar en nada concreto allí. Eso sí, todos hablan, opinan y preguntan. Delante de nuestras narices pasan enormes fajos de dinero. Yo he pagado trescientas y pico libras egipcias, pero el alemán del camión ha soltado cinco mil, o sea, unos seiscientos euros.

### EMBARCANDO EN EL INFIERNO

En el puerto de pasajeros hay una auténtica multitud. Unos entran, otros salen, otros cargan, otros vigilan, otros conducen, otros cambian dinero, otros roban, otros compran, otros venden, otros comen y otros beben. Y todos parecen hacer de todo eso al mismo tiempo y a la vez. Cualquiera es cambista, porteador, policía, vigilante, agente de aduanas, desocupado, pillo, víctima, primo o maleante. Imposible distinguir contornos, rostros o facciones bajo esta luz cegadora. El sonido de mil voces, gritos, maullidos, motores y máquinas golpea y desconcierta. He estado muchas otras veces en lugares de tránsito semejantes y nunca se acostumbra uno. Según pongo pie en tierra ya me meten el dinero sudanés bajo las narices.

Comienza la negociación. Busqué en internet la conversión exacta de dólares, euros y libras egipcias en libras sudanesas. La primera sorpresa me la llevo cuando según la cotización casi en tiempo real que ofrece Internet es de 267 libras sudanesas por cien dólares pero el cambista ofrece 300 sin regatear. Hay algo que debe estar equivocado y no creo que sean los cálculos del tipo que sostiene un enorme fajo delante de mí. Decido cambiar solo la poca moneda egipcia que me queda. Mi precaución se justificará cuando un rato después unos occidentales me confirmen que a ellos les ofrecían 360 libras sudanesas por cien dólares. Internet debe ofrecer el cambio oficial fijado por el gobierno sudanés, mientras que el mercado real es el mercado negro donde los dólares se cotizan mucho más altos.

Superado el control de pasaportes, solo queda caminar hasta el barco. El trayecto es como ir metido en una estampida de búfalos. El muelle está atestado de objetos diver-